

≡≡≡ ESPAÑA

EN AMÉRICA ≡≡≡



CONFERENCIA



DADA Á LAS ALUMNAS DE LA  
ESCUELA NORMAL DE MAES-  
TRAS DE NAVARRA POR LA  
- DIRECTORA DEL CENTRO -

D.<sup>a</sup> MARÍA ANA SANZ



Curso  
de  
1913 á 1914



# ESPAÑA EN AMÉRICA

---

## CONFERENCIA

DADA Á LAS ALUMNAS DE LA ESCUELA NORMAL  
DE MAESTRAS DE NAVARRA POR LA DIRECTORA  
DEL CENTRO

DOÑA MARÍA ANA SANZ

---

Curso de 1913 á 1914

---



PAMPLONA

Imprenta, librería y encuadernación de Nemesio Aramburu

*San Saturnino, 14 y Nueva, 10*

1914

## España en América

*Señores:*

**L**a generosidad con que ha sido acogida nuestra súplica, siempre que hemos solicitado el concurso de los doctos en la obra de cultura que realiza la Normal de Maestras de Navarra, me obliga hoy a ocupar este sitio, no por docta, ciertamente, sino por agradecida.

Mi conferencia, sin ornato literario, ni profundidad científica, pudiera tener, no obstante, un mérito; el único, si fuese aceptada por aquellos que bondadosamente han hecho florecer nuestro espíritu desde esta misma tribuna, con los efluvios de su saber y de su elocuencia.

Modesto óbolo de mi pobreza intelectual, yo se la ofrezco. El escudo de su hidalguía cubrirá la oscuridad de mi blasón. Este será su único mérito.

Y sin más bagaje que el de vuestra benévola consideración, que gratuitamente presupongo, entro en materia.

Eran los años aquellos en que la empeñada lucha comenzada en las asperezas de Asturias y el Alfranc iba a tener épico remate al pie de Sierra Morena.

La Cruz esplendorosa eclipsaría en breve, y para siempre, los falsos destellos de la oriental Media-luna.

Los felices Monarcas que habían reunido en sus sienas las coronas de Castilla y Aragón, convocaban en torno de sí a cuanto brioso y potente existía en sus Reinos, para dar el golpe de muerte al infiel, desorganizado ya por fratricida lucha.

Fué entonces cuando, presentado por el Cardenal Men-

doza, llega ante los Reyes un hombre de porte grave, en cuya serena mirada brilla la luz del genio, para exponer a los egregios consortes el más atrevido proyecto que concibió mente humana. El descubrimiento de un nuevo mundo.

La ocasión era poco propicia: sin duda escogida por la Providencia para poner de relieve el espíritu, verdaderamente regio de Isabel, la energía, verdaderamente genial de Colón.

No obstante la entusiasta acogida de la Reina, la actitud reservada de Fernando, y el compromiso de la guerra contra los árabes granadinos dilatan la respuesta definitiva; y vienen los largos trámites de ponencias de sabios, informes contradictorios, vagas promesas... horas lentas, angustiosas, de esperanza y temor, que aniquilan al débil y al fuerte agigantan.

Por fin, el día 3 de agosto de 1492, tres carabelas partían del puerto de Palos con rumbo al Occidente, para realizar, después de 69 días de navegación,—en la que más que de la furia del Océano necesitó Colón librarse de la de los hombres,—la mayor cosa después de la Creación del mundo y la encarnación y muerte del que la creó.. Así lo dice Gomara.

Dejemos a Colón en el momento más bello de su existencia, cuando cubierto con rico manto de púrpura, como Almirante del Océano, con la espada en una mano y la bandera de sus Reyes en otra, hincadas en tierra las rodillas, besa y riega con sus lágrimas la arena de la playa, tomando posesión del país a nombre de la corona de Castilla.. (Lafuente).

Hay en su vida otra época de felicidad más bulliciosa, menos íntima, y en tanto menos intensa para el genio, que se alimenta de sí mismo. La de su tránsito, al regreso del primer viaje, clamoroso, triunfal, entre las multitudes que le aclaman ebrias de entusiasmo, desde Palos a Barcelona; tránsito coronado por el recibimiento solemne de los Monarcas.

Después.... esperanzas que se frustran, traiciones que se fraguan en la sombra, la envidia devolviéndolo aherrojado a España, la muerte privándole de su regia protectora cuando más la necesitaba, la codicia oficial regateándole bienes que por derecho le pertenecían, la enfermedad rindiendo su recio organismo..... Dios, poniendo término a sus infortunios, concediéndole en el mundo de las compensaciones justicieras el reposo que en la tierra siempre le fué negado.

### CRISTALES DE PROYECCIÓN

Itinerario del primer viaje de Colón.

Carabelas.

«Isabel la Católica».

«Cristobal Colón».

Las Indias occidentales habían mostrado a Europa sus fértiles tierras, sus áureas entrañas, sus selvas impenetrables; pero también habían ofrecido a los asombrados ojos de los descubridores, pueblos desconocidos, en diversos grados de civilización.

De dónde procedían? era raza autóctona? producto de anterior inmigración? y en este caso, cuál fué la raza originaria? una? múltiple? cuándo apareció en el suelo americano? por qué vía?

Interrogación inquietante, que desde hace 400 años formula el investigador, sin lograr contestación categórica; aunque sí puede afirmarse como indudable la presencia del hombre americano desde principios de la edad cuaternaria. Así lo atestiguan, sin dejar lugar a duda, restos fósiles y utensilios hallados a tan diversas distancias como son la región de los lagos al Norte, y las llanuras de la Patagonia al Sud; lo que demuestra, no sólo la existencia del hombre cuaternario en América, sino su difusión por todo el Continente.

Estudiado en sus caracteres físicos el americano prehistórico, descubre afinidad de elementos con las razas del continente antiguo. Sus tradiciones, artes y costumbres vienen a robustecer aquella presunción, que al ser admitida como hipótesis muy probable, establece una cuestión derivada: la de los medios y vías por donde llegó a América el elemento asiático-europeo.

Eminentes geólogos, antropólogos y naturalistas sostienen, con científica verosimilitud, la especie de que en la edad terciaria debió existir, en lo que hoy es océano Atlántico, una gran extensión de tierra (la Atlántida de Platón), tan dilatada en sentido de los paralelos, como Europa, una de cuyas prolongaciones debió unir las costas de África con las de América.

La exploración del fondo del Pacífico parece asimismo demostrar la existencia, en época remota, de un continente, que procuró comunicaciones fáciles entre Asia y América, del cual parecen dar testimonio muchas de las islas oceánicas, cumbres del Continente desaparecido.

En la época cuaternaria, los inmensos glaciares acumulados en los mares circumpolares, rompen, con incontras-

table impulso, el estrecho de Behring, haciendo posible, el paso entre los dos continentes. He ahí una triple vía de comunicación, que conjeturalmente, pudo existir entre el antiguo y nuevo continente.

El levantamiento de los Andes, Alpes e Himalaya, debió de ser a costa de tremendas convulsiones geológicas. Hundieronse bajo las aguas inmensos territorios que fueron cubiertos por los Océanos, y el Nuevo Mundo quedó por ellos circundado e incomunicado.

Mas para entonces debió de haber recibido de Europa razas dolicocefalas (de cráneo prolongado), y del Asia razas braquicefalas (de cráneo redondo); todas las cuales, encerradas en el Nuevo Continente, se unieron, se compenetraron, y modificadas por el medio, formaron el pueblo aborígen americano.

Mas no cesaron los éxodos, que el estrecho de Behring, las corrientes ecuatoriales del Atlántico y Pacífico, y el paso escalonado de la Islandia, Groenlandia y Labrador, continuaron introduciendo en América nuevos elementos étnicos, africanos, europeos, y sobre todo asiáticos, cuya compenetración entre sí o con las razas aborígenes, multiplicaron al hombre americano, complicando los rasgos de su etnogenia, hasta hacer punto menos que imposible su taxonomía.

Entre la variedad asombrosa de tipos existentes en la América precolombina citemos en rápida enumeración: al pacífico esquimal de las regiones hipérboreas, cuyas mujeres gozan de perfecta igualdad con el sexo opuesto (no las envidiéis que unos y otras vegetan tristemente en perpetuo amodorramiento invernal); el piel-roja de la América del Norte, raza heterogénea, muy extendida, de civilización decadente y pobre, perseguida después, *acorralada*, por el *humanitario* yanqui; el salvaje botocudo de la sierra brasileña, de feo aspecto, cazador y errante, en el que parecen persistir los rasgos del aborígen; el guaraní y el tupí de las exuberantes llanuras del Orinoco y el Amazonas, cuyas aguas surca diestramente, ostentando con infantil vanidad collares, ajorcas, brazaletes y plumas; el antropófago caribe, no menos amante de su personal atavío, activo y emprendedor, que en sus incursiones llega desde la región del Sud hasta las islas antillanas; el pampense de las llanuras argentinas, guerrero, nómada, amante de su independencia; el araucano de caballerisca arrogancia, de fluído lenguaje, de indomable tesón, cantado en épicos versos por Ercilla; el patagón, de elevada talla, a

la que dá realce el plumaje airoso que ciñe a sus sienes; el estúpido foguino, habitador de las inhospitalarias islas del Sud, cuya vida se arrastra miserable entre las heladas brumas de un océano siempre amenazador.

Sobre todos los enunciados hay dos pueblos, Méjico y Perú, los dos focos de la cultura precolombina, que despertan por sus adelantos el más vivo interés.

La meseta del Anahuac (luego Méjico), debió de ser habitada por pueblos aborígenes, que dejaron sus huellas en monumentos de dudosa, aunque remota antigüedad. Posteriores inmigraciones de pueblos, venidos al parecer del Norte, ocuparon no sólo esta región, sino la de la América central, con los nombres de mayas, aztecas, toltecas y otros.

Los mayas y los aztecas, después de cruentas guerras, se fusionan en un solo pueblo que conserva el nombre de azteca, dos o tres siglos antes de Jesucristo.

Fundadores los aztecas de Méjico, lograron dominar a otras tribus del Anahuac, estableciendo un imperio que en la época de nuestra conquista, era más extenso que España.

Las cartas de relación de Hernán Cortés, evidencian en su sincero lenguaje el notable adelanto del pueblo azteca. "Cosas hay de tanta admiración, dice, que no se podrán creer. Nos habla en ellas con entusiasmo de la famosa Temixtitán (Méjico), edificada sobre grandes lagunas, con anchurosísimas calzadas que la comunican con tierra firme; con sus calles mitad tierra y mitad agua; con sus puentes muy bien labrados, con sus acueductos que abastecen de agua potable la ciudad, con sus mercados inmensos rodeados de soportales "como dos veces la ciudad de Salamanca, en el que cotidianamente trafican "en todo género de mercaderías, arriba de sesenta mil personas; con sus templos de anchurosas plataformas escalonadas, alguno de ellos "en cuyo recinto cabría un poblado, enriquecido por 40 torres muy altas y bien labradas,;" con sus aristocráticos palacios, ornados de jardines suspendidos como los babilónicos. Es la corte de Moctezuma ceremoniosa como la de un Austria. Viste el Rey cada día cuatro trajes suntuosos, que nunca más vuélvese a poner. Además del palacio real, posee dentro y fuera de la ciudad magníficas casas de recreo con refinamientos dignos de un Cesar romano. Si se presenta en público, acompaña, como a un Abderramán, un cortejo de tres mil nobles engalanados. Nadie osa levantar los ojos en su presencia, que su jerar-



quía es casi divina. La clase aristocrática, que forma su señorío feudal, es poseedora, así como la de los sacerdotes, de una cultura vastísima.

La civilización del pueblo azteca fué influída por la del pueblo nahua o tolteca, rival del anterior, más antiguo que él en la meseta mejicana, y de no inferior cultura. Los tlascaltecas, poderosos aliados de Cortés, pertenecían al pueblo nahua tolteca.

El sistema pedagógico de estos pueblos se asemeja en muchos rasgos al de los antiguos egipcios, con cuyo pueblo tienen más de una semejanza. "Aristocrática, fortificante y rigurosa, dice el Sr. Altamira, encaminaban su educación hacia la obediencia sumisa, el endurecimiento físico y una rígida moral. La disciplina muy severa. La enseñanza dirigida por la clase sacerdotal; el programa vasto, señalándose el progreso de las matemáticas y la geografía. Prueba: cuando Cortés en Méjico quiso conocer los accidentes de las costas, los súbditos de Moctezuma le presentaron mapas detallados, estampados en tela de algodón.

El segundo foco de cultura precolombina es el Perú, en cuya civilización se distinguen dos períodos. El primitivo que debió de ser muy adelantado, decayendo notablemente, y el de los Incas, pueblo que absorbió a las razas anteriores, fundando un colosal imperio de los Andes al Pacífico, unos 400 años antes de J. C.

Rígese el inca por un gobierno despótico en que el Rey tiene consideración casi divina. La clase aristocrática disfruta de grandes privilegios. La clase sacerdotal respetada, pero sin influencia en el orden civil. La ciencia, patrimonio de la clase nobiliaria, alcanzó grandes progresos. En muchos puntos del imperio tenían establecidos observatorios astronómicos. De sus obras arquitectónicas son admirables sus calzadas, de 600 leguas de longitud, una por el valle y otra por la sierra, perfectamente conservadas en parte, y que pueden competir con las famosas calzadas romanas. Los templos dedicados al Sol, su dios principal, de proporciones majestuosas, cuyo interior cuajado de oro, al ser iluminado, según su orientación, por los destellos del sol naciente, producían sorprendentes efectos. Ciudades tan notables como la de Cuzco, y la que en reciente exploración acaba de descubrir el inglés Campbell, con magníficos edificios y preciosos objetos suntuarios. Muy notable su escritura de quipos o nudos en hilos de diversos colores, con los cuales expresaban toda clase de ideas, ar-

te importantísimo para ellos, legado de padres a hijos con todo esmero. En una conspiración contra los españoles fué sorprendido un indio ocultando cuidadosamente una pequeña franja de lana con fleco de varios colores. Interrogado, acabó por dar a conocer el significado. Los 4 nudos de lana negra indicaban que el mensajero había partido 4 días después del último plenilunio; los 10 nudos de la blanca significaban que la revolución estallaría a los 10 días de la fecha indicada; si el indio se unía a los revoltosos debía hacer un nudo en la lana encarnada; si se negaba tenía que enlazar con otro la encarnada y azul.

Consumados artífices en metales preciosos, tenía el emperador inca perfectamente imitados en oro, plata y piedras preciosas cuantos objetos existen en la naturaleza. En tejidos y cerámica adquirieron rara perfección, siendo de notar sus vasos funerarios, colocados sobre las sepulturas, con tal arte, que al moverlos el viento producían como un gemido, por lo que fueron llamados vasos plañideros. Práctica muy usada era la deformación del cráneo, a cuyo fin comprimían la cabeza del recién nacido con tablitas quedando los cráneos cúbicos, piramidales o turriformes. Había casa de reclusión voluntaria para mujeres, como cenobios, de donde nunca salían, dedicadas al servicio del culto y de sus ídolos. Era tal la abundancia de oro y plata en el Perú, que nuestros conquistadores cubrían de estos metales los cascos de los caballos.

Tal es en breve cifra la sorprendente civilización de dos pueblos, Méjico y Perú, que aislados de todo contacto con el mundo antiguo, supieron constituir sociedades ricas y poderosas.

Guardémonos sin embargo, de equiparar su cultura á la del pueblo que los conquistó. La idolatría, los cruentos sacrificios humanos, el despotismo de las clases privilegiadas, la esclavitud de las ínfimas, la crueldad para con el vencido y multitud de prácticas groseras, pregonan la psicología propia de los pueblos, que con el esfuerzo de su razón, en el orden material podrán haber realizado adelantos, permaneciendo en el moral sumido en los bajos fondos que no alumbraba la luz divina de la revelación.

#### CRISTALES DE PROYECCIÓN

Razas americanas.  
Arte precolombino.

Expuestos el estado y condición de los pueblos americanos al finar el siglo 15, en lo que permite la índole del te-

ma y la capacidad de quien lo explaya, sigamos, también brevemente, el hilo de la conquista.

El espíritu aventurero y audaz, tan poderoso en el español de entonces (en el español de todo tiempo), se encendió, loco de entusiasmo, al conocer el descubrimiento realizado por Colón. Y la sed de riquezas, el misterio de lo desconocido, junto con el anhelo religioso, aunan sus intereses para fletar nuevas y nuevas embarcaciones, que de Cádiz a la Española van señalando en el mar Tenebroso antiguo, Océano triunfal después, un nuevo cauce a la desbordante sangre íbera. Tras de Colón se lanzan nuevos paladines "de corazón esforzado y brazo de hierro".

Alonso de Hojeda, Juan de la Cosa, Pero Alonso Niño, Diego de Lope, Vicente Yáñez Pinzón, Rodrigo de Bastida, Cristóbal y Luis Guerra, Ponce de León, Nicuesa y Hojeda, Núñez de Balboa y Díaz de Solís, entre otros, descubren y exploran desde 1499 a 1515 las islas antillanas y las Costas de Tierra Firme, desde Yucatán a la Florida al Norte; hasta la desembocadura del río Plata al Sur.

Entre los mencionados destaca uno, Vasco Núñez de Balboa, por la grandeza de su carácter y la importancia de sus hazañas.

La posteridad, en justo tributo, acaba de honrar su nombre con rendidos homenajes, en la fecha gloriosa del Cuarto Centenario del Descubrimiento del Pacífico. En ocasión tan propicia memoremos la vida de aquel hombre "de estirpe de semidioses, consagrada por la gloria y sublimada por el martirio". El relato de sus hechos será nuestra mejor ofrenda.

Nació Vasco Núñez de Balboa en Jerez de los Caballeros hacia 1475. Ignórase la condición de sus padres y el empleo de sus primeros años; pero a los 25 o 26 de su edad, lo vemos formando parte de la gente que reclutaba Rodrigo de Bastida para equipar dos carabelas, con las que se proponía ir a América en busca de fortuna.

Conducida por el experto piloto Juan de la Cosa llegaron a las Indias, exploraron parte de Tierra Firme, rescataron algún oro de los indios, e hicieron rumbo a la Española (isla de Santo Domingo).

Era gobernador de esta isla Francisco Bobadilla, hombre codicioso, que bajo insidiosos pretextos, secuestró sus bienes, y los obligó a regresar a la Península; pero Balboa, de nombre oscuro, consiguió fácilmente autorización para quedarse en la Española, en calidad de colono, obteniendo al efecto algunas tierras.

Su carácter fogoso y emprendedor no armonizaba con aquel oficio; bien pronto lo veremos, por un golpe de audacia, en el camino que le condujo a la inmortalidad.

Habían transcurrido diecisiete años desde que Colón descorriera con audaz mano el velo que ocultaba un nuevo mundo. Se habían ocupado en este lapso muchas islas antillanas, y explorado parte del litoral de América; pero no se habían aún establecido los españoles en el continente.

Alonso de Hojeda y Diego de Nicuesa solicitaron a un mismo tiempo del Rey permiso para fundar una colonia en la costa explorada. Concedida la autorización, emprendieron cada uno por su parte la conquista y colonización del territorio adjudicado.

Hojeda llegó a Cartagena de Indias, y al realizar un desembarco, fué acometido por los naturales, que le mataron y devoraron a setenta españoles, viéndose precisado a internarse en el mar, hasta que llegado a la entrada del Golfo de Uraba desembarcó, fundando el primer poblado de españoles en tierra firme, bajo la advocación y nombre de San Sebastián.

Atacado Hojeda en su nueva posición por los terribles indios flecheros, desmoralizada la colonia, partió Hojeda para Santo Domingo a buscar refuerzos, dejando a Francisco Pizarro en su lugar, con orden de que si pasados cincuenta días, no había aquél regresado, se fuesen los colonos donde quisiesen.

Hojeda llegó penosamente a Cuba, y pasando a Santo Domingo murió, a consecuencia de las heridas de flecha emponzoñada.

Pasado el plazo, los 50 hombres supervivientes de la colonia, dejaron la inhospitalaria costa del Uraba, y se hicieron a la mar, teniendo la suerte de encontrar en su triste odisea, una expedición mandada en su auxilio; ya no quedaban más que 35 hombres de los 400 de Hojeda.

La expedición de socorro se había formado al mando del bachiller Fernández de Enciso, y de ella era parte Núñez de Balboa, que logró incorporarse por un golpe ingenioso y atrevido.

El gobernador de la Española dictó una orden, prohibiendo que formase parte de la expedición de Enciso quien tuviese en la Isla deudas pendientes. En el número de los deudores se encontraba Balboa, que deseoso de emprender una vida conforme con sus aspiraciones burló la orden, y oculto dentro de un tonel fué depositado con el cargamento en la cala del bergantín.



Lejos ya de la costa se presentó a Enciso, quien, irritado por su audacia, comenzó por conminarle y concluyó por admitirlo a su servicio.

Pronto hubo de poner a prueba sus dotes de energía, porque obligados, después de un naufragio, a desembarcar junto a la funesta Cartagena, los naturales diezmaron a la tripulación, y cuando aterrados disponíanse los demás a regresar á la Española, Balboa los increpa rudamente, los reanima, y se ofrece a conducirlos a la desembocadura del río Darién, donde encontrarían terreno fértil y abundante oro.

Así fué; condúcelos el improvisado caudillo hasta la costa del Uraba, encuentran en el trayecto a la deshecha gente de Hojeda, y todos unidos, venciendo a las tribus indígenas que ferozmente les disputaban el suelo, fundan, según promesa, la colonia de Santa María de la Antigua del Darién, en honor de la Virgen Santísima venerada en Sevilla bajo aquella advocación.

Se vislumbran desde el mismo instante en los horizontes de la Colonia los primeros chispazos de la discordia entre Enciso, su jefe por derecho legal, arrogante, duro, vengativo e inepto, y Balboa, el jefe de hecho, también arrogante, pero generoso, leal, valiente y entendido.

No hemos de seguir los varios aspectos de esta lucha entre un puñado de hombres, que alejados de la patria, olvidan los peligros de su situación en tierra enemiga, por sostener el partido personal de un jefe. Las consecuencias las de toda guerra civil: anarquía y ruina.

Llegó por entonces a Santa María de Darién un navío español, mandado por Rodrigo Colmenares, que iba en busca de Nicuesa,—el aventurero que simultáneamente con Hojeda solicitó, como hemos dicho, colonizar en Tierra Firme,—del cual no se habían tenido noticias.

Enterado Colmenares de las banderías que traían vuelta la colonia aconsejó se aquietasen, mientras tanto que él iba por Nicuesa, en cuyo territorio se había establecido la colonia del Darién, y a quien correspondía su gobernación.

Así se convino, y el de Colmenares se hace a la vela en busca de Nicuesa.

No había sido la suerte de éste más feliz que la de Hojeda. Tras de aventuras desgraciadas en las que se entremezclan con persistente rigor el naufragio, el hambre y la miseria, llegan por fin los expedicionarios, extenuados y enfermos, al cabo Mármol, en donde levantan una fortale-

za para librarse de las temibles flechas enherboladas, a la que llamaron Nombre de Dios. En la empresa perecieron 680 hombres, quedando sólo un centenar.

En ocasión tan crítica llega Rodrigo de Colmenares y ofrece a Nicuesa, con la salvación de los colonos, el gobierno del Darién.

Nicuesa acepta; pero no agradecido, sino rencoroso y agraviado, porque los del Darién no fueron antes en su socorro, y porque se abrogaban sus jefes atribuciones que creía usurpadas.

En la travesía se desata Nicuesa soberbio y vengativo, fulminando amenazas contra Balboa y Enciso, quienes advertidos a tiempo, reciben hostilmente a Nicuesa y le obligan a reembarcar. De él nunca más se supo; el inmenso océano guarda el secreto de su muerte.

Renacen con nueva fuerza las discordias entre Balboa y Enciso; aquél, ejerciendo por designación popular funciones de Alcalde, desterró a su enemigo, que despechado e iracundo se embarcó para España, dispuesto a manejar la intriga para hundir a su rival.

Ahora es cuando, libre de obstáculos, seguro de sí, respetado y querido de los colonos, se desenvuelve poderoso y afortunado el genio del caudillo.

Reorganiza la colonia y en seguida imagina planes audaces, tan pronto concebidos como ejecutados, que traen rendidos a sus plantas a poderosos caciques cargados de oro, a los que convierte con su política benigna en amigos y aliados.

Uno de los más poderosos jefes sometidos fué causa indirecta de su descubrimiento inmortal.

Disputaban agriamente los españoles al repartirse el cuantioso presente del cacique (70 esclavos y gran número de piezas de oro). Afeóles el hijo de éste su proceder, agregando, que si tanto ambicionaban el oro podrían adquirirlo no lejos de allí en cantidad inmensa.

Interrogó Balboa al indio, quien le enteró de que caminando hacia el sur se encontraba otro océano, y que siguiéndolo por la costa se llegaba a un país de gentes agueridas (el Perú) en donde abundaban prodigiosamente el oro y las perlas.

Fueron aquellas palabras la fulguración que descubre al genio la línea recta de su porvenir. Ya tenía el aventurero empresa proporcionada al temple de su alma. Infatigable y solícito adquiere datos, relaciona noticias, y se da cuen-



ta aproximada del alcance de la empresa y de los recursos necesarios para realizarla.

No eran suficientes los que en el Darién había, y el mismo Rodrigo de Colmenares partió para España, provisto de una carta autógrafa de Balboa al Rey, en la que exponía los trabajos realizados y los proyectos futuros, solicitando el envío de recursos y hombres para realizarlos. En la carta, precioso documento que refleja sus altas dotes de organizador, su ingenua fe religiosa, y el temple exquisito de su alma, pide también al Rey justicia y protección contra sus numerosos enemigos.

Numerosos e implacables eran en efecto. Acogidas en la corte sus acusaciones,—el rey Fernando fué siempre más pronto en el castigo que en el favor,—Balboa fué condenado a pagar a Enciso una indemnización, y procesado por la desaparición de Nicuesa.

Conoce Balboa que nada puede esperar de la protección regia, y deseando borrar con sus proezas la ajena insidia, rápidamente escoge y equipara 200 hombres decididos, arrebatados por su palabra vibrante, dispuestos a todo.

La empresa es atrevidísima, audaz; el sufrimiento y la muerte acechan por doquier. Qué importa! El caudillo camina alta la frente, fija su ardiente mirada en el ideal de gloria que inflama su pecho. Los demás le siguen, también animosos y resueltos, soñando con ríos de oro, con cascadas de perlas, con montes de esmeraldas.

Y comienza el día 1 de septiembre de 1513 la gloriosa expedición. Nutriendo sus filas con indios aguerridos y fieles se interna en lo desconocido. Las hachas indígenas van abriendo paso a través de la espesura. Sorteando o venciendo las dificultades bordean marismas, vadean rápidas y profundas corrientes, atraviesan impenetrables selvas, y avanzan, avanzan lentamente, abrumados de calor, devorados por los insectos, acechados por las fieras, diezmados por la calentura, hostilizados por los salvajes indios.

Cerrando el horizonte, como espectro amenazador, se erguían los ingentes Andes, a cuyas estribaciones llegan por fin los expedicionarios, anhelando un momento de reposo. Quedaban 67 hombres útiles.

Al amanecer del día 26 de septiembre vuelven a ponerse en camino, comenzando a escalar la selva que cubría la vertiente. A poco más señalan los guías una eminencia escarpada y solitaria, desde la cual sería visible el mar del Sur.

Vasco Núñez manda hacer alto, y él solo, palpitante de emoción asciende al pico designado por los indios.

Un paso más; ya está en la cumbre, sus ojos deslumbrados aperciben la inmensidad del Océano, sobre cuya tranquila superficie el sol tropical quiebra sus fulgentes rayos.

El hombre que impasible expuso su vida mil veces, tiembla ahora de sublime congoja, dobla sus rodillas, y en mudo éxtasis, eleva al Cielo férvida oración.

Unense a él los demás expedicionarios aclamando delirantes a su jefe, y arrodillados todos entonan el *Te Deum*, cuyas graves notas, desgranándose majestuosas por los riscos andinos, mueren en la costa, besadas por el mar.

Después descienden los españoles por la opuesta vertiente y a los tres días de marcha penosa llegan a la orilla del océano. Avanza arrogante Vasco Núñez de Balboa, penetra resuelto en las aguas, y desenvainando la espada y blandiéndola en el aire, toma posesión del Mar del Sur y de todas sus dependencias en nombre de los Reyes Don Fernando y D.<sup>a</sup> Juana.

Yo debiera ahora interrumpir el relato histórico para no empañar vuestras ilusiones.

Vosotras os figuraréis al ínclito héroe aclamado por los suyos, aportado en triunfo a España, recibiendo de manos regias el premio debido a su mérito singular. Lo veis regresar al Nuevo Mundo pleno de honores, de prestigio y autoridad para acometer brioso nuevas hazañas, que honrarán juntamente su nombre y el de la patria..... No, hijas mías, el súper hombre, el genio, rara vez encuentra la recompensa entre sus contemporáneos. Su gigantesca talla produce demasiada sombra a los pigmeos, al "docto vulgo", que incapaz de ascender hasta el coloso, mina con tenacidad de roedor y astucia de zorro el pedestal que le sustenta.

Llegado Balboa al Darién a los cuatro meses y veinte días de su salida, conducido él y casi todos los suyos, a causa de su extenuación, en hombros de esclavos, supo con dolor que la corte de España, desconociendo sus servicios, había nombrado Gobernador de la Provincia de Castilla del Oro (así se llamaba en España a la región del Darién) al segoviano Pedro Arias de Avila, y Alguacil Mayor a Fernández de Enciso; aquél envidioso e inepto, éste mortal enemigo de Balboa, que regresaba triunfante, meditando planes de venganza.

Y comienza el martirio del héroe, que es perseguido, hu-

millado, y lo que es más atroz, reducido a la inacción, para que viva como gusano el águila capaz de abarcar la inmensidad.

Temiendo siempre sus enemigos el resurgimiento del coloso, nombrado a la sazón Adelantado del Mar del Sud, y más que nunca idolatrado por los colonos, lo envuelven en las mallas de inicuo proceso, y no obstante la protesta del Alcalde Mayor de Darién, García Espinosa y la del obispo Fray Juan de Quevedo, el implacable y vil Pedrarias consumó el nefando crimen.

Al anochecer del día 12 de enero de 1519, como si se buscara la complicidad de las sombras, cayó al tajo de la cuchilla la noble cabeza del héroe. La serenidad augusta de su alma no le abandonó en el trance fatal: protestando altivo del dictado de traidor que el pregonero le daba, entregó su alma a Dios aquel hombre que vinculaba en sí las grandes virtudes de la raza.

“Gallardo y varonil en su figura, afable y altanero, espléndido y ambicioso, valiente y comedido, cauto y sagaz, justo al repartir, prudente al disponer y siempre el primero entre los suyos para llevar a cabo empresas de valor,, así nos lo presenta la historia.

Mas entre los rasgos de su psicología yo quiero os fijéis en uno: en la condición enérgica, que resplandece en todos sus actos.

En estos tiempos de voluntades abúlicas, de indecisión y egoísmo, de cobardes transacciones, de apocamiento y debilidad, bueno es presentar a nuestra consideración modelos de viril carácter, para imitarlos, o por lo menos para que al contraste rudo enrojecza nuestra cobarde frente, dispuesta a inclinarse ante la contrariedad, el egoísmo o los convencionalismos humanos, mejor que a erguirla valiente y desafiadora ante las pruebas de la vida.

No lo olvidemos: la grandeza del alma consiste, sobre todo, en saber querer.

#### CRISTALES DE PROYECCIÓN

Vasco Núñez de Balboa.

Momento de la toma de posesión.

Continúa en el reinado de Carlos V la expansión colonial de España, magna empresa, en la que descuella, hasta tocar en la cima de lo maravilloso, la conquista de Méjico, “más propia de semidioses que de hombres,, y la del Perú, también de épica grandeza, un tanto oscurecida por bastardas pasiones de ambición y venganza. En fecha pró-

xima a la de estas asombrosas conquistas se funda a Panamá, Nueva Granada y Nueva León; se descubre a California e islas de Revillagigedo, se explora la región del Colorado, el Arkansas y el Misourí, se conquista la Florida.

Avanzando por el Este se funda la ciudad de la Plata (Chuquisaca), se navega por el Marañón hasta su desembocadura, se recorre el Magdalena, se funda Santa Fe, se llega al golfo de Maracaibo, quedando explorada toda la América meridional. Magallanes recorre la costa oriental hasta descubrir el estrecho de su nombre; Gabot explora los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay; Pedro de Mendoza funda a Buenos Aires; Ayolas, la Asunción; y después se echan los cimientos a Mendoza, Tucumán, Córdoba, pudiendo afirmarse que en la primera mitad del siglo 16 queda firmemente asentada la dominación de España en gran parte de América; en ella se formaron los cuatro virreinos de Nueva Granada, Buenos Aires, Méjico y Perú, y ocho capitanías generales.

Los extranjeros, haciendo armas contra nosotros de las quejas doloridas,—quizá poco premeditadas,—de un español, Fray Bartolomé las Casas, han arrojado sobre nuestra empresa colonial los más sombríos colores, a pretexto del trato dado a los indios

Hay que deslindar en esta cuestión el espíritu de nuestras leyes de Indias y la acción, no siempre acertada, de los encargados de aplicarlas. Fueron las primeras justas y protectoras, y aun en lo que tienen de mayor rigor, inspiradas en las doctrinas jurídicas de la época, no sólo en España, sino en todo el mundo. Si hubo excesos por parte de ciertos aventureros sin entrañas que, burlando la ley, explotaron al indígena, abusando malvadamente de su poder, no se haga recaer la falta de unos, los menos, seguramente, sobre toda una hidalga nación.

El mismo Cantú, testimonio extranjero nada sospechoso en el asunto (recordemos que el descubrimiento de América arruinó a Italia) reconoce que las Casas exagera la bondad de los indios y la crueldad de los españoles. Un historiador chileno, Thayer Ojeda, pretende hasta justificar el rigor con que fueron tratados los indios, diciendo *que fué necesario entonces*. Y en último término, en punto a proceder colonial, nadie puede tirar piedras a nuestro tejado.

La decadencia de España bajo los últimos Austrias llevan el abandono militar a las colonias por falta de recur-



sos, por ineptitud de los gobernantes, y por la necesidad de retener en España el mayor número posible de fuerzas.

Corsarios ingleses, franceses y holandeses, encubiertamente sostenidos por sus naciones, interesadas en quebrantar nuestro poder colonial, se apoderan de algunas islas antillanas y de algunos puntos del continente.

Las guerras de principios del siglo 18 percuten en nuestras colonias con sorpresas y represalias, y empiezan a sentirse en ellas los primeros latidos de fiebre separatista, favorecida por los franceses, con su clandestina propaganda de las ideas revolucionarias, y por los Estados Unidos, que así pagaban nuestro auxilio en pro de su independencia.

Difficil era a España contener el movimiento; así lo entendió el insigne Aranda, quien propuso a Carlos 3.º, en una notable Memoria, la concesión de la independencia de aquellas colonias, que formarían monarquías, regidas por los Borbones, en íntima alianza ofensiva y defensiva con España.

Fué desoído su consejo: mas lo que no hizo la diplomacia, lo realizó el destino.

Cuando España se levantó en armas contra la invasión francesa, nuestras colonias se adhirieron a las Cortes de Cádiz; pero extraviada allí la opinión por las noticias que intencionadamente esparcía Francia, nos creyeron en poder de Napoleón, y entonces resonó incontestable el grito de independencia que España no pudo reprimir, y perdimos en el desasosegado tiempo de Fernando 7.º nuestro imperio colonial americano, con excepción de Cuba y Puerto Rico.

En breve y doloroso índice anotaremos los sucesos posteriores, hasta nuestra completa evacuación de aquel suelo.

Descontento y quejas de los cubanos, que pretendían ser equiparados a la metrópoli.

Guerra separatista, a la que pone fin la paz de Zanjón.

Como un inciso de ella, la propuesta de los Estados Unidos de la compra de Cuba, en cien millones de pesos, que promueve la altiva frase de Prim: "A España se la podrá vencer, pero no se la deshonra."

Nuevas guerras separatistas en tiempo de la Regencia.

Explosión del *Maine* y declaración, *inicua declaración* de guerra de los Estados Unidos.

Tratado de París (10 de octubre de 1898) que consuma el atropello infame. Puerto Rico y Filipinas se anexionan a los Estados Unidos. Cuba es declarada independiente, y

España, *vencida*, pero no *deshonrada*, es despojada,—por la ley del más fuerte,—de los últimos girones de su imperio colonial.

El símbolo del ave fénix parece inventado para nuestro pueblo: postrado y exangüe, renace de sus cenizas con el fuego de una juventud inmarcesible. Su historia lo acredita mil veces.

Ahora también, del fondo de sus entrañas desgarradas se exhala un grito; pero no de muerte, sino de esperanza, y la palabra ¡Regeneración! que a raíz de nuestro desastre colonial brota de todos los labios, compendia el sentimiento patrio de una raza viril.

La palabra se va transformando en realidad, el verbo se hace carne, España renace con nuevo aliento, venciendo la atonía moral que por un instante pareció detener su vida.

El parangón entre dos fechas 1898-1913 evidencian nuestro avance en la jerarquía mundial.

Erigidas nuestras antiguas colonias en Repúblicas independientes, embriagadas con su triunfo, arrogantes, se alejaron de la madre común, quizá imprevisora, pero siempre leal y generosa.

España, "cansada de crear naciones", amargada por la defección, también se replegó a restañar sus heridas; pero pasados los primeros días de estupor y olvido, vuelve en los nuestros a establecerse una intensa corriente de simpatía, entre la madre augusta y las hijas emancipadas.

América torna cariñosa los ojos hacia nosotros, hacia el solar ilustre que conserva los excelsos timbres de la raza hispano-americana.

Hay en ésta lazos comunes que ni el pasajero alejamiento, ni el medio ambiente, ni la introducción de nuevos elementos importados por la emigración, han logrado relajar.

Bastaría fijarnos en uno solo, en el idioma: "Mientras la unidad del idioma se guarde como la joya más rica y preciada que es, dice Cejador, el alma será una, la raza no se habrá despedazado, porque el idioma no es una simple enseña y bandera, es algo más, es el alma de la raza."

La defensa del espíritu de la raza vinculada en los pueblos hispano americanos, es un deber de todos, y este espíritu se halla amenazado por el mercantilismo alemán absorbente en las Repúblicas centrales; y por el peligro japonés, que se manifiesta en la lenta, pero constante inmigración de nipones a Méjico, Chile y Perú; y por la corriente francesa, temible por el poder radiador de su len-



gua, arte, literatura y costumbres; y sobre todo se halla amenazado por el imperialismo yanqui, paladín de la famosa doctrina de Monroe (América para los americanos), cuyo sentido, que para nadie es un misterio, define el venezolano Sr. Borda diciendo que es la manera que tiene el león de defender la presa que ha de devorar mañana.

Méjico es prueba fehaciente de su rapaz ambición.

Por su proximidad a la gran República ha sido la primera en sufrir los efectos de su política artera.

La región de Tejas, de Nueva Méjico, de Alta California, y parte del estado de Coahuila, antes mejicanos, por violenta anexión han pasado al poder de la absorbente República del Norte.

Ella azuza desde las provincias fronterizas los odios de los insurgentes contra cualquier gobierno constituido, llámese Porfirio Díaz, Madero o Huertas, quién sabe con qué proyectos maquiavélicos!

En la fratricida lucha que hoy aniquila el país de Méjico, no hay duda de la concomitancia de los Estados Unidos con el partido revolucionario, al que, ya sin rebozo, procura facilidades; y es de extrañar que aquel Gobierno que por experiencia repetida (amarga para nosotros), sabe cuánto le han valido sus *desinteresadas* intervenciones, no vaya ahora, como pide su prensa, en auxilio de tanto desventurado, aunque para ello tenga que *prescindir de los protocolos*.

Qué le detiene? Espera acaso que los beligerantes, que han llegado en la lucha al paroxismo, a la ferocidad, se aniquilen entre sí para conseguir un más fácil triunfo? Teme las consecuencias de una oficiosa intervención, hoy que este derecho es discutido en buenos principios de política internacional, como opuesto al de libertad inherente a todo estado autónomo? es que los demás estados de América y Europa, espectadores hoy, impedirían la intromisión de los Estados Unidos en Méjico?

Lo cierto es que las depredaciones se multiplican, que los extranjeros tienen amenazada su vida e intereses, que las sociedades pacistas, que recientemente cablegrafiaron a Huertas y Carranza, jefe el primero de los gubernamentales, el segundo de los revolucionarios, excitándolos a la terminación de su contienda, han sido desoídas, y que el espectáculo de barbarie que ofrece Méjico es una afrenta a la civilización del siglo, que está pidiendo la intervención, no de un Estado, sino de todos los pueblos cultos en acción mancomunada.

El idealismo de raza ha despertado en los pueblos hispano americanos el dormido sentimiento de confraternidad, y este sentimiento, partiendo de las clases intelectuales y directoras conviene se difunda por todas las clases sociales hasta constituir un anhelo general.

Lo aconseja así el interés colectivo. "Pensemos, dice un ilustre escritor contemporáneo (García Calderón) en la irremediable y definitiva decadencia de la cultura latina el día que un nuevo continente sajón se alzase amenazador y oligárquico desde Alaska al cabo de Hornos. Lo aconseja nuestro interés particular. Nuestra aproximación a las jóvenes Repúblicas, pudiera elevar nuestro nivel en el mundo, dándonos mayor fuerza moral. Nuestra industria y comercio tienen en América ávidos mercados en que extenderse. Nuestra literatura y nuestra ciencia, importadas bajo la clámide bella del idioma común, infundirían nuestra alma, enseñoreándola de aquellas nuestras antiguas colonias. Nuestros compatriotas emigrantes, que en número aproximado de tres millones, depositan en las urbes y campos americanos el fruto de su incesante labor, favorecidos por leyes protectoras dictadas en el ambiente familiar, mejorarían su suerte, y dulcificarían su nostalgia al encontrar fáciles provechosos medios de relacionarse con la metrópoli. La *americanización* de España, como efecto reflejo de nuestras relaciones con América, es otra ventaja positiva, que puede apreciarse en toda la región del norte, desde Navarra a Galicia, con el regreso del *indiano*, del *americano*, que victorioso en la lucha, derrama su riqueza en la Península, fomentando el bienestar y la cultura de su país. Sería curioso consignar, sólo en Navarra, el número de Establecimientos benéficos y docentes, y las mejoras de toda clase debidas a la munificencia del *americano*.

El movimiento hispano-americanista es una realidad; hechos contemporáneos lo demuestran.

La benemérita sociedad Unión Ibero Americana, que tanto trabaja por este afianzamiento, ha procurado establecer y fomentar en España y América "La Fiesta de la Raza", consagrando el día 12 de octubre a la memoria del inmortal Colón; homenaje al genio, y afirmación de la intimidad espiritual entre los pueblos hispano americanos.

La feliz iniciativa ha puesto de manifiesto simpatías latentes de las autoridades y la opinión ilustrada en aquellas regiones.

En Colombia es el Presidente de la República quien real-

za con su misma presencia los festejos. Los bogotanos piden en ese día se tribute un homenaje de gratitud al fundador de Bogotá, el español Gonzalo Jiménez de Quesada; mientras que la Cámara de Representantes del país, transmite, de acuerdo con su gobierno, cordial saludo a la nación española.

Méjico, no obstante su anómala situación, celebra en sus centros docentes, actos académicos, en honor de Colón y de España.

En Chile preside los más solemnes actos el Ministro de Relaciones exteriores, quien pronuncia fogoso discurso de enaltecimiento y hondo afecto hacia nosotros.

Perú, Cuba, Puerto Rico, la Argentina, Santo Domingo, Uruguay, Paraguay, las Repúblicas Centrales conmemoran el fausto suceso con solemnidades religiosas, académicas, cívicas y populares, que añoran gratos recuerdos. En todos o casi todos, el poder oficial decreta la declaración del 12 de octubre como día de fiesta nacional, con el nombre de día de Colón o fiesta de la raza.

Otro hecho muy significativo, que revela quizá como ninguno, la devoción de las jóvenes repúblicas. En las fiestas españolas del Centenario de las Cortes de Cádiz, aparecieron unidas, por primera vez en la Historia las representaciones oficiales de la Metrópoli y de los Gobiernos y Pueblos hispano-americanos, que olvidando antiguos resentimientos, afirmaron a la faz del mundo su identificación espiritual.

Por otra parte los españoles de América toman parte activa y sincera en las solemnidades con que aquellas Repúblicas conmemoran su independencia, sin temor a que los himnos nacionales les recuerden "al vencido león hispano..

Una ilustre mujer española, S. A. R. la Infanta Isabel concurre, en nombre del Monarca a las celebradas al efecto en Buenos Aires, siendo recibida con los honores de su regia estirpe, entre el desbordamiento del entusiasmo público. Tal vez antes de mucho, la más alta representación de España, recorrerá el suelo argentino, facilitando inteligencias diplomáticas y despertando simpatías populares. El solo anuncio de la probabilidad del viaje real ha suscitado en aquel suelo propicio, un afectuoso movimiento en la prensa, entusiástico en nuestra numerosa colonia.

Se crean acá y allá centros de unión por encima del Océano.

El Ateneo hispano americano de Buenos Aires, nacido

en nuestros días, dirigido por la gran mentalidad del Doctor Bunge, abre un certamen literario (anterior es análoga iniciativa de la *Ilustración Española Americana*) al que son llamados los poetas y literatos de Hispano América, cuyas almas próceres, vibrantes de amor a la raza, procurarán su exaltación mejor, quizá, que un internacional tratado.

Poetas como Rueda, intelectuales como Altamira, novelistas como Blasco, artistas como María Guerrero, enaltecen en América el nombre de España, destruyendo con realidades palpables, falsos conceptos de nuestra intransigencia y retardo cultural.

Nuestros Ateneos acogen con singular deferencia al hombre de letras, al político, al artista, a quien representa el espíritu de la joven América.

El afamado escritor chileno Sr. Solís Vildósola, terminaba no ha mucho en el de Madrid su peroración elocuentísima afirmando rotundamente "la inmortalidad y la grandeza de este imperio espiritual en que no se ha puesto el sol de nuestra habla.. El Ministro de Cuba, con palabra arrebatadora sostenía allí, ayer mismo, que Cuba "la última en desprenderse de España, la primera en abrirle sus brazos y su corazón, se gloria de su origen hispano, ama su lengua y estrecha más firmemente que nunca, relaciones de franca cordialidad con los españoles que allí residen.

Los Ministros de Chile, Argentina, Méjico y de otros estados de allá, en solemne desfile, seguirán hablando desde la misma tribuna, presentando, con la visión de su patria respectiva, la ofrenda de su afecto a la gran Progenitora.

El actual momento histórico es de revisión de grandezas hispanas en América: una, la ya mencionada del Centenario del Pacífico; otra, la apertura del Canal de Panamá, obra grandiosa de nuestros días, *española* por su origen.

*Española*, hay que decirlo muy alto, para vindicar el nombre de España del injusto olvido del extranjero, que, como dice Manjarrés, nos concede *benignamente* un tibio asentimiento, como el que se da a una generosa calaverada, mientras nuestra acción tiene un valor de epopeya y de conquista; pero siempre negando su valor científico, pretendiendo desconocer nuestros esfuerzos en pro de la ciencia y de la civilización.

Hallar un paso entre ambos océanos fué empresa, más



que empresa, obsesión de nuestros conquistadores de Indias, desde los tiempos de Colón.

Buscando el paso Yáñez y Solís encontraron el estuario del Plata, y Magallanes el estrecho de su nombre. Hernán Cortés comisionó a Antonio Galvao el estudio del istmo con el mismo objeto, publicándose como resultado un libro en que se demostraba la posibilidad del Canal. En 1551, Gomara, elevó un memorial a Felipe 2.º, pidiendo se comenzasen los trabajos.

El pensamiento nunca se abandonó por nuestra parte, aunque en el siglo 17 se dirigieron las exploraciones por el Pacífico, para descubrir el paso del noroeste, cuyo resultado, si fué infructuoso en cuanto al fin principal, enriqueció la geografía con el conocimiento de la costa Noroeste de América.

En el siglo 18, Carlos 3.º, ordena una expedición al istmo con idéntico fin; la muerte del Monarca dejó en proyecto el estudio realizado. En 1801, Humboldt, con los datos obtenidos en los archivos españoles, hace sobre el terreno un trabajo, despertando el interés general y contribuyendo a que las Cortes españolas propusieran en abril de 1814 la construcción de un canal para buques de alto bordo.

Proclamada la independencia de la América central, se hizo imposible para nosotros todo intento.

Tras de varias vicisitudes Fernando de Lesseps, aureolado con el éxito del Canal de Suez, pretende romper el istmo americano, de Panamá a Colón.

Fúndase en 1876 la Compañía Interocéánica, que después de ocho años de trabajo, en los que consumió algunos millones de francos, y muchos miles de vidas, fracasó completamente.

El Gobierno de los Estados Unidos adquiere entonces los derechos de la Compañía francesa, mediante la entrega de 40 millones de dollars, obtiene de la recién constituida república de Panamá (1903) a cambio de protección y auxilio económico, derechos en una zona de 10 millas de ancho a lo largo del Canal Panamá-Colón. El capital privado temió comprometerse por segunda vez, y entonces el Estado norteamericano recurrió a sus ingenieros, que movidos por el espíritu de clase y convencidos de que su honor y el de su nación estaban interesados, han realizado con éxito completo uno de los más grandes pensamientos humanos: La unión por el istmo de la América central de los dos océanos Pacífico y Atlántico, obra de incalcula-

bles resultados para la navegación, el comercio, y la aproximación humana.

#### CRISTALES DE PROYECCIÓN

Voladura del dique de Gamboa.  
Paso del primer barco que cruza el Canal.  
Vista panorámica del Canal de Panamá.

A la entrada del Canal se trata de erigir una estatua al Adelantado Vasco Núñez de Balboa.

La república de Panamá (una de las más fervorosas en el amor a España) de quien ha partido la idea, envió el año último un mensaje a nuestro Monarca exponiéndole su deseo de perpetuar en las edades la hazaña del Adelantado por medio de una estatua colosal que destaque sobre las aguas del gran Océano el gesto histórico de su glorioso Descubridor.

A este fin, dice, nos dirigimos principalmente a V. M. Deseamos que la estatua de Balboa se erija en Panamá frente a la entrada del Canal, en sitio donde sea saludada eternamente por las banderas de todas las Naciones y por los hombres de todas las razas, y para que ella constituya algo así como un símbolo de solidaridad de la raza, aspiramos a que su coste sea cubierto por contribución voluntaria de españoles y latino americanos.

En contestación al Mensaje el Rey encabeza espléndidamente la suscripción, España dará el bronce necesario, y el Centro de Cultura Hispano Americana, de acuerdo con el Ministro de la Gobernación, se dirige a los Alcaldes de España, solicitando su patriótico concurso para la consecución de la idea.

Los dos magnos sucesos, Descubrimiento del Pacífico y Apertura del Canal de Panamá, se unen, pues, por indestructible asociación de ideas, ya que providencialmente vienen a fundirse en efemérides gloriosa, el cuarto Centenario de aquél y el primer día de éste.

Un congreso y tres exposiciones se celebran en su conmemoración. El Congreso de Historia y Geografía hispano americana se inaugurará en Sevilla en el próximo abril; es su objeto dar forma al deseo hondamente sentido de que la historia de la epopeya del descubrimiento del Pacífico se revise y aquilate con los documentos auténticos que obran en nuestros archivos, y por otra parte corresponder por nuestra cuenta a las honras tributadas al gran Descubridor por los países americanos. Será una hermosa solemnidad de fraternidad y cultura.



De las exposiciones una, también en Sevilla, en el año 1916, tendrá el carácter de Hispano americana, a fin de que, según manifiesta el comité ejecutivo, unidos en abrazo estrecho, puedan mostrar al mundo lo que son capaces de hacer pueblos que alentaron en un mismo regazo. Comprenderá esta exposición dos partes: una puramente artística, en la que podremos mostrar con orgullo nuestros inmensos tesoros no superados por pueblo alguno, y otra que abarcará la agricultura, industria y comercio.

El Gobierno de Panamá organiza para este mismo año una exposición Nacional, a la que, de un especial modo, se ha invitado a España, poniendo aquel Gobierno a disposición del nuestro unos terrenos que constituyen un donativo de aquella República.

Nótese que bajo la denominación de Nacional se incluye a España, como prolongación del concepto patria, y que la bandera oficial de la Exposición llevará unidos los colores de las banderas nacionales de España y Panamá. Dedicado testimonio de consideración y amor a la antigua metrópoli.

Finalmente, los Estados Unidos, el pueblo de los proyectos gigantescos, ha de celebrar en 1915 una exposición de carácter universal en San Francisco de California, la más famosa de cuantas se han realizado en el mundo. Todo grande, todo maravilloso, será expresión y cifra de cuanto el ingenio del hombre ha ideado en ciencias, artes e invenciones. Será incalculable la riqueza que habrá de acumularse en sus vastos pabellones, en sus fantásticos palacios, en sus jardines de ensueño.

El Oriente y el Occidente aportarán sus más admirables productos, y en aquel campo común de la ciencia, el arte y la industria, nutrirán sus fuentes de inspiración la fantasía, el ingenio y el talento, señalando nuevas rutas al progreso del hombre.

Para España pudiera tener un interés particular. Es California una de las regiones de su antigua dominación que con mayor estima conserva la memoria del hogar solariego, región a donde afluye en emigración constante la savia de sus hijos.

Recientemente se ha evidenciado este afecto, con ocasión de las fiestas suntuosas, llenas de entusiasmo patriótico, en honor del español D. Gaspar de Portolá.

Nuestra concurrencia a estas Exposiciones, enfocando a ellas briosamente las fuerzas vivas del país, desvirtuaría la leyenda injusta que nos considera como pueblo im-

presionista, fanático e indolente, al demostrar al mundo con hechos que en España alienta una raza enérgica, que ansía su reconstitución y la va consiguiendo con el esfuerzo mancomunado de sus hijos.

España puede hoy acreditar ante las demás naciones que, no obstante las complicaciones externas a que en nuestros días la obliga su prestigio histórico, labora hondamente, seriamente, fijo el espíritu de su aristocracia intelectual en los grandes principios que conquistan la prosperidad interior y el ajeno respeto.

Que la Historia no es para ella la campana fúnebre que dice Cantú, sonando en honor de los grandes hechos que fueron, pues que en su timbre jocundo oímos a todas horas la invocación de Jesús a la hija de Cairo: ¡Levántate!

Y España, consciente de sus deberes, se ha levantado, y avanza, y puede mostrar en sus obras que corresponde dignamente a la herencia ancestral.

Yo me la figuro en plazo próximo (qué son los siglos en la inmensidad del tiempo?) fuerte y próspera, adelantando con paso firme, al nivel de las primeras, hacia un espléndido porvenir.

Optimismo de mujer, que siente más que piensa?

«Soñemos, alma, soñemos.....»

\*\*

Concluyo.

América, ha dicho el Sr. Labra, está para nosotros por *descubrir* y *conquistar*.

Si mi labor, reducida a espigar en campo ajeno para presentaros condensado su trabajo; si mi labor en pro de la corriente americanista que he creído labor *pro patria*, hubiese logrado *descubrir* una sola idea a vuestra mente, o *conquistar* una sola simpatía en vuestro espíritu, tendría la más bella de las recompensas.

Porque hay algo más bello que el despertar de una idea noble, encarnada al beso de una noble emoción?

Pamplona 7 de marzo de 1914.

